



DANIEL GUEBEL

Padre, seguido de dos obras inconclusas y dos charlas sobre teatro

Página 3



CONTRATAPA

La débil mental,
de Ariana Harwicz

Página 4



SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TELAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 4 | NÚMERO 186 | JUEVES 25 DE JUNIO DE 2015



Armonía Somers

Al diablo con el estilo

Historico de Revistas Argentinas | www.ahifa.com.ar

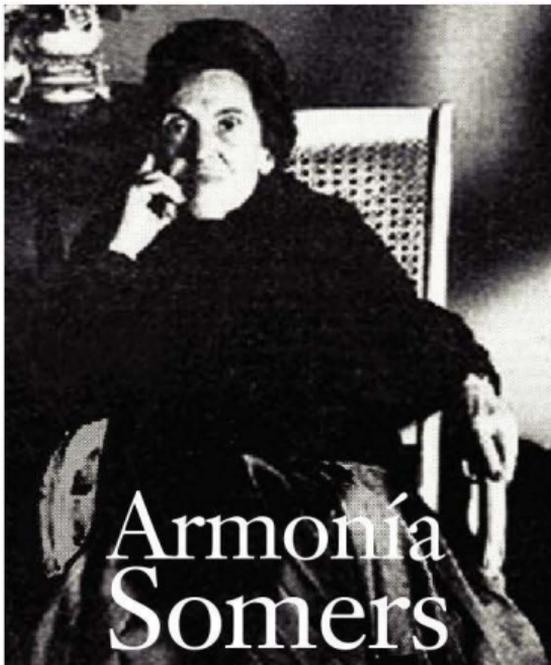
Con la apelación y la creación de un grupo contra el procesamiento del escritor Pablo Katchadjian, quien tiene embargados sus bienes en 80 mil pesos en una causa por presunto plagio de *El Aleph* iniciada por María Kodama, cuenta Jorge Luis Borges, se está confeccionando un documento que será presentado el 3 de julio próximo. Encabezado por el editor Damián Ríos, el grupo informó que

Katchadjian apeló el procesamiento en torno a la edición de *El Aleph* engordado. En 2009, Katchadjian publicó con la Imprenta Argentina de Poesía (IAP), sello independiente del que él mismo dirige, una tirada de 200 ejemplares del *El Aleph* engordado, un procedimiento literario que agrega a las 4.000 palabras del cuento de Borges otras 5.600, resultando un nuevo texto con personajes, escenas y ritmos alterados.



→ GUILLERMO SACCOMANNO

En la categoría escritores "raros", los uruguayos nos llevan la delantera. Escrituras que no se prestan a la demagogia y piden al lector su intervención activa en el desciframiento de lo que se narra. Intervención, en este caso, que nada tiene que ver con la división simple y facilista que propone Cortázar en *Rayuela*: el lector macho y el lector hembra, activo uno y pasivo el otro. Nada de eso. Basta arrimarse a Felisberto Hernández como paradigma de lo fantástico o a Juan Carlos Onetti, un desvío tortuoso del realismo, para comprender que, al entrar en sus relatos, el mundo, lo cotidiano, lo que se ha dado por conocido, resulta extraño, que hay una anomalía en los protagonistas, sus comportamientos, los paisajes. Pues bien, en ese panorama de raros —del cual me limité a citar apenas dos, aunque la lista podría ampliarse— Armonía Somers es no sólo la más rara sino también la que más pide a sus lectores y, además, demuestra que también para ella el estilo puede ser un simulacro de la verdad. "Pero es que no se puede mentir sólo por guardar un estilo. ¡Al diablo con esto!", escribe. Porque su estilo se escurre de toda categorización. Una frase puede empezar en una dirección y, de forma inesperada, cuando se supone que vendrá la comparación metafórica, se aparta —en superficie— de la lógica, lo previsible, y se despara hacia el universo profánico que es tal el destino, que por el contrario el absurdo distancia y pone en cuestión el lenguaje otorgán-



Armonía Somers

Al diablo con el estilo

dole, como si nada, otro sentido. La realidad para la Somers es sospechosa. Y es en este aspecto que sus novelas se obsesionan con la sospecha y, a la vez, intentan desentrañarla. Su historia, de la cual no se sabe demasiado, se puede resumir en pocas líneas. Se llamaba Armonía Lirepeya Etchepare Locino, nació en Pando en 1914 y murió en Montevideo 1994. Su padre era un comerciante anarquista y

anticlerical y su madre católica. En la biblioteca familiar, a la que tuvo acceso de chica, leyó a Kropotkin, Dante, Leopardi y Spenser. Fue pedagoga, estudió la sicología y la filosofía en universidades nacionales penales para jóvenes. Invitada por la Unesco, estuvo en París, Londres, Ginebra y Ma-

drid. Su primer libro, la novela *La mujer demandada* (1950), fue un escándalo en el ambiente literario de la época. No se trataba sólo de su volaje sexual. También del hecho que, rodeada de amigos, fue con sendorismo. Se atribuyó la novela a un homosexual. Circuló con reserva. Y recién en 1966 se conoció la identidad de la Somers, cuando ya había publicado cuentos y una segunda novela.

Hace unos días me leí de un sa-

ARMONÍA SOMERS.

SUS NOVELAS NO SE PUEDEN LEER DE CORRIDO, SU PROSA IMPONE DETENERSE, AVANZAR, RETROCEDER Y VOLVER A LA CARGA.

que compré tres libros suyos. La ya mencionada *La mujer demandada*, *Un retrato para Dickens* (1972) y su obra mayor *Sólo los elefantes encuentran mandrágoras* (1986). Debo confesarlo, me confiné en su lectura y quedé pegado. *Un retrato para Dickens*, reescritura dickensiana de una niña huérfana, adoptada por una familia disfuncional y pobrísima, apela a la intertextualidad de fragmentos bibliotecarios y de recetas de repostería mientras denuncia condiciones sociales injustas y la infancia explotada en las fábricas. Pero que no se crea que viene de panfleto. Su enrevesamiento, metabolizado a través de un humor corrosivo que hurga en lo doméstico, arrastra al lector en un delirio que no abunda en novelas latinoamericanas. Tras escribir esta narración, la Somers contraigo quítorax, una enfermedad de larga y lenta recuperación, de la que dará cuenta en su novela siguiente: *Sólo los elefantes encuentran mandrágoras*. Recurriendo a mecanismos del folletín, su atmósfera se vuelve vitriólica y lo autobiográfico, lejos de caer en lo confesional o lo autocompasivo, articuló una "riqueza episódica desencadenada como un ciclón". Llama la atención en la Somers lo diferentes que son sus libros y cómo, a pesar de sus diferencias, perdura en cada uno una marca, un sello de autor, eso que ella decía aborrecer: el estilo. También es cierto, y ha sido dicho, sus novelas no se pueden leer de corrido, su prosa impone detenerse, avanzar, retroceder y volver a la carga. Pero lo que podría considerarse una exigencia hay un instante en que el lector, al mirar los posibles esperados y una reflexión: no queda más que vivir. Y por qué no: la vida también es esto.

Una traducción al árabe de la primera parte del *Martín Fierro* sobresale de obras anteriores y se erige como la definitiva. Estuvo a cargo de Aber Abdel Hafez, profesora de lengua y literaturas hispánicas, quien captó la esencia y musicalidad del poema escrito en 1872 por José Hernández. Para Aber, el habla gauchesca "tiene elementos del castellano que hablaban los primeros españoles llegados a América", así

como también consideró probable que beduinos y árabes arribaran a estas tierras desde las islas Canarias. "Quisimos hacer una traducción definitiva, a cargo de una profesora de la Universidad de El Cairo. Para que tuviera mayor identidad y para cooperar con las instituciones locales lo concretamos en conjunto la embajada y la Secretaría de la Liga Árabe", contó a *Telam* Sergio Baur, embajador argentino en Egipto.



CONTRATAPA

→ JAVIER CHIABRANDÓ

La débil mental



ARIANA HARWICZ. LA DÉBIL MENTAL NO ENTRA EN NINGUNA CATEGORÍA CONOCIDA, SORPRENDE Y ROZA LA POESÍA.

“**C**állate, barroca”, le dice la madre a la hija, a manera de insulto. Así hablan o piensan los personajes centrales, casi exclusivos de *La débil mental*, la novela de Ariana Harwicz editada por Maldulce que tantas y justificadas repeticiones tuvo. Porque esta novela, que narra las aventuras, o desventuras, de madre e hija en un mundo primitivo, donde los signos de la civilización o de la cultura han desaparecido, si es que alguna vez han existido, no entra en ninguna categoría de las conocidas, y sorprende. Es una novela que roza la poesía, si es que la poesía puede ser así de estremecedora en su muestrario de sangre, fluidos y muerte. Pero a la vez se podría leer como un sofisticado ejercicio del *fluir* de la conciencia, sobre todo de la conciencia de la hija, que es la que más piensa, la que más cuenta, la que más mira, la que aún parece tener la posibilidad de salir de ese mundo —suponiendo que quisiera y que supiera cómo—. Sin embargo, la novela también tiene una trama que está bien escondida y apenas se muestra, y se muestra en el momento justo, cuando es más necesario para el lector más bien clásico que busca dónde aferrarse para no caer en las garras de esta suerte de experimento y bisqueado estético. Y por último, es una novela que soporta diversas lecturas, según uno busca sensaciones o ideas, o deje que las sensaciones lo abornden.

La débil mental es la historia de dos mujeres —a veces tres si los recuerdos se remiten a la madre de la madre, es decir la abuela—, que se mueven en un mundo desordenado según los cánones de la moral estandarizada, donde se perciben los signos de una cultura, una historia abandonada a su suerte, la sociedad, el hábito recurrente del alcohol, y un río cercano donde pasan bracas. Madre e hija, mujeres sin nombres, que no están contenidas dentro de ninguna categoría social, inadaptadas que se tienen

apenas una a la otra, y cuando aparece un hombre, entra a sus vidas para alterarla. La altera el hombre que una vez preñó (palabra que tiene sentido en esta ocasión) a la madre para dar lugar al nacimiento de la hija. Otro hombre altera a la vez a la hija, un hombre casado, que aparece de tanto en tanto, y que de pronto llega con la noticia de que ha embarazado (otra vez no es casual) a su esposa.

Y a las dos mujeres, madre e hija, no les queda más remedio que seguir viviendo dentro de su propio mundo, sin hábitos, sin el peso y el consuelo de una moral, como exiliadas culturales, sociales. Todo narrado en un idioma de frases cortas, a veces ambiguas en los contextos, pero sí de imágenes luminosas, a veces por bellas aunque las más veces por dolorosas. Parte de un idioma que también podría ser considerado anterior a

la cultura misma, donde las cosas parecen ser vistas y nombradas por primera vez: “¿De dónde venían esos vocablos? ¿Por qué había preferido esos y no otros? ¿Qué idioma elegir para bautizar las cosas?”, piensa la hija.

Hay un mundo alrededor, un mundo que no es este país. Pero que puede serlo. Donde moteles en las rutas y bisteches de bífalo hacen sospechar que estamos en los Estados Unidos de película que todos llevamos adentro. Pero también hay una huida de la hija para alejarse de la madre y ver si recupera su amante casado, que se da en una ciudad de la costa que uno podría sospechar Mar del Plata. No importa, son más necesarios los recuerdos de la infancia, el conocimiento que intencos de la autora de dar señales obses. Poco importa el lugar. Importan las dos mujeres que libran una batalla sorda en busca de algo que tampoco está claro: felicidad, placer, soledad? ¿Quién es la débil men-

tal? ¿Las dos, o una o ninguna? Estas es, dentro de las posibles lecturas, una incógnita. De las múltiples lecturas se desprende también que no hay una débil mental en el sentido médico. Aunque quién sabe. Nunca, como en otras novelas, la participación del lector se vuelve tan importante.

Esta vida primaria lleva implícita una relación con la muerte, que va de la fantasía a la realidad: “Lista, soy huérfana, y me veo delante del nicho de mis progenitores, liberada, una guacha con poder, una histérica felizidad. Soy huérfana, como decir soy una mujer casada, como decir tengo hambre. Salir a los tumbos, oler todo por primera vez, empezar a nacer de nuevo”, piensa la hija. Luego el sexo, o la vida, que se manifiesta ante los ojos de las protagonistas como en una granja los animales copulan sin preocuparse si son ob-

servados. La hija que observa a la madre con sus hombres, la madre que observa a la hija con el suyo, y la aconseja bajo el modelo de su propia experiencia, que es la que la condenó allí, a esa vida.

La estrategia de la autora, que parece haber apelado a lo que se conoce como escritura automática, es narrar sin pensar en capítulos, ni siquiera en una trama, sino en escenas, siempre de fuerte impacto. La madre aplaudiendo en la pileta de plástico, la hija que sale a buscar a la madre y la encuentra orinando debajo de un puente, la hija trabajando (en lo que quizá sea el único intento de socializar de uno de los personajes, siempre en tensión con el otro), las ambas imaginando como la mujer del hombre casado pierde el embarazo y ellas se regodean pateando la cabeza del nonato. Porque entre ellas han construido una simbiosis que no se puede romper. Si se rompe, ese mundo primitivo desaparece, y con él, ellas dos. “Nacemos para mastacar rencor, en estos momentos quiero volver al fin del mundo, suspensa, quizá ahí esté la clave, que venga el catolicismo y todo volverá a empezar. ¿Y por qué todo volvería a empezar? ¿Y por qué no?”, piensa la hija, o quizá la madre.

Por eso la madre espía a la hija y la hija a la madre, se cuestionan, se censuran, y al fin se quitan la posibilidad de ser felices. La hija se la quita a la madre al nacer, porque el nacimiento de ella significa para la madre la pérdida de su hombre, que desaparece ante el embarazo. La hija pierde la posibilidad de ser feliz porque la madre le cuestiona la relación con el hombre casado, que ni siquiera se digna a embarazarla a ella, como le sugiere la madre. Está destituida la libertad. Por eso el final de la novela nos deja ver que esa energía elemental y primaria deriva hacia lo que uno llamaría una pequeña guerra con los hombres. “Ya van a ver, nos las tienen que pagar todos, acordate”, dice ahora la madre. Y luego el silencio.